

# El día que papá me pidió una casa

## La vida en rojo

### MARCO AURELIO CARBALLO

Lunes 26 de agosto 1996

Mamá ha dicho que papá quiere que le hable por teléfono. Es urgente. Odio esta clase de mensajes lacónicos y con semejante final. Si es urgente ¿por qué no dicen de una vez de qué se trata? Los percibo como insultos a la inteligencia. De cada diez mensajes de esos recibidos ninguno es urgente. En todo caso urgente ¿para quién?

Me reporto. Él está regular de salud, dice, y no pidió hablar conmigo luego de la lista que le dio a mamá para que yo le compre ciertas cosas que necesita. Lo urgente es aparte. Lo urgente es que Gabriela quiere vivir en mi casa de Tapachula.

Tartamudeo. No sé qué decir. Ignoro quién es ella.

–¡Es tu hermana! –grita papá–. ¡¿Qué, no la conoces?!

Esperaba otra cosa. Cuando mucho la exigencia de otro millón de pesos.

Ignoro si Petunia y los dos niños vamos a vivir en la casa de Tapachula. Hago el intento de decírselo pero me interrumpe y pregunta categórico:

–¿Puedes o no puedes darle la casa?!

Le contesto igual, tajante, que no puedo porque voy a ocuparla.

De tal palo tal neurótico.

Para suavizar las cosas pregunto por esa hija suya de la cual ignoraba su existencia.

–Es la gemela de Gabriel informa empleando un tono menos áspero.

¡Gemela!

Conozco a casi todos los medios hermanos, le digo, a Magdalena y a Ana y a Enrique (el mismo nombre de mi hermano de padre y madre) y conocí a Juan Manuel, a quien traté en el DF, muerto a los veinte en Tapachula debido a un choque de carros. Pero no a Gabriela.

Conozco a Gabriel quien justo hoy me ha dicho por teléfono que necesita diez mil pesos para pagarle a unos coyotes (cien mil de los viejos pesos) y poder salir de la cárcel antes de las tres quintas partes de su condena a siete años y un mes de prisión acusado de robo califi-



Castañeda



Carlos García Estrada

cado que no cometió, asegura él. Es mucho dinero, dijo decaído en su momento papá.

Ahora, con lo de la casa, me siento confuso, molesto y deprimido. Él ni siquiera preguntó si la necesitaba yo o no la necesitaba. Si estaba pagada ya o no estaba pagada. Vamos, si había ahí algún inquilino. ¿Cómo supone que una casa puede ser cedida así porque sí a una media hermana desconocida teniendo yo a tres hermanos completos que podrían igual necesitarla?

Édgar de León Gallegos me aconsejó de buena fe hace tiempo que yo comprara la casa en un fraccionamiento al sur de Tapachula. Quería ayudarme. Pensó sin duda que una casa nunca está de más. Un fin de año me prestó un VW, algunas veces me invitó el hotel, asistí a su casa a un par de desayunos pantagruélicos con la vergüenza de mi parte porque me hubiera gustado lavar los platos para reivindicarme ante los ojos de su esposa, le puso mi nombre a una biblioteca de un colegio de bachilleres, e intentamos dos veces editar un semanario. Rechacé en principio la oferta de la casa pero como no tengo carácter terminé por aceptarla.

–Dile a Petunia que lo tome como inversión –dijo Édgar.

Petunia no hizo comentarios. Mal síntoma.

Con el producto de la venta del coche de Petunia y

mi liquidación de Excelsior ella compró un apartamento y con la venta de éste y un crédito solicitado por ella adquirió un cascarón de dos pisos en treinta y cinco metros cuadrados de terreno dentro de un vecindario de la colonia Condesa. Enseguida vendió esa casa y compró otra de fines del siglo XIX en Coyoacán, incluidos fantasmas y ratones, alacranes y hormigas, cucarachas y arañas. Las más inofensivas son las polillas, mientras no terminen de horadar las vigas del techo. Hipotecó la casa para construir dos recámaras habitables.

No necesitábamos otra casa hipotecada, a mil doscientos kilómetros, al sur, a media cuadra de la frontera con Guatemala. Así que terminamos por alquilarla y el producto de la renta, ochenta por ciento del pago mensual de la hipoteca, era para mi madre a modo de mensualidad del hijo pródigo. Aparte pagábamos la hipoteca al banco. Negociazo redondo.

El adeudo subió al doble y ya no pudimos pagarla.

Diez años después el banco se quedó con ella (con la casa no con mamá) y también con el dinero pagado. Nadie quiso comprarla porque gracias al banco su precio era el doble que otra casa en fraccionamientos con mejores servicios.

No se lo he contado a mi padre. Creo escucharlo:

–Te lo dije... Le hubiera quedado a Gabriela.